LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

Se suplica á los Sres Académicos de Número y Supernumerarios la asistencia á la sesión privada que celebrará la Academia el día 8 del presente Enero, á las diez de la mañana, y en la que continuará la pendiente discusión sobre el Naturalismo literario.

El Secretario,

JOSÉ M.^a DE OLALDE.

Barcelona 3 de Enero de 1893

REVISTA DE LA QUINCENA

El anuncio de que el Gobierno estaba resuelto á permitir la pública inauguración del templo erigido por los protestantes en la calle de la Beneficencia, de Madrid, esparció aterradora alarma entre los católicos españoles, que desde un principio comprendieron que se trataba de pasar del estado constitucional de tolerancia religiosa al estado de libertad de cultos, que es el desideratum de las sectas masónicas y de la política libre-pensadora. Ya en Madrid y en Barcelona, contando los protestantes con que se les permitiría la apertura de la capilla de la calle de la Beneficencia, habían adquirido terrenos donde pudieran levantar nuevos templos frente á frente de los templos católicos, declarando prácticamente abolido el art. 11 de la Constitución del Estado, que sólo permite el ejercicio público de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Como al consignar nuestros legisladores en la Constitución del 76 la tolerancia religiosa, desoyendo las protestas de la Santa Sede, las del Episcopado y las del clero y fieles españoles, se produjo una perturbación nacional; que sólo se aplacó con la promesa formal y solemne de que la Religión católica sería la única que viviría públicamente al amparo de la ley, natural era que produjera un movimiento de

asombro y de indignación entre los católicos el anuncio de que el Gobierno iba á consentir la solemne inauguración del templo protestante, como si nos halláramos en franco régimen de libertad de cultos.

Había quedado, al parecer, cerrado el período constituyente abierto por la Revolución de Setiembre, al promulgar la Constitución del 76, base fundamental del régimen que prometía la dinastía restaurada; aunque afligidos los católicos por haber perdido la unidad religiosa que en tanto apreciaban, se hallaban ya aquietados, viendo que sólo su culto tenía derecho legal á la vida pública, y sabiendo que los cultos disidentes, tolerados por la Constitución que simbolizaba la causa de la Monarquía reinante, tenían que contraerse al interior de locales privados; los mismos extranjeros residentes en nuestras populosas ciudades, ateniéndose á la legalidad española, se congregaban los domingos en recintos sin carácter público de edificios religiosos, donde practicaban las ceremonias de su culto, sin que por ello fueran de nadie molestados; las costumbres públicas se habían ya armonizado en este punto con las prescripciones legales, practicando su culto todos los españoles y los residentes en España, de un modo público, si eran católicos; de un modo privado, si eran disidentes; se había ya restablecido la paz religiosa al amparo de la legalidad y de la monarquía, gozando todos de la tranquilidad que supone y afianza un estado legal constituido; cuando á deshora se anuncia que, á pesar del art. 11 de la Constitución, intenta el Gobierno reconocer á los protestantes de Madrid los derechos anexos al régimen de libertad de cultos. Alarmados los católicos, se han preguntado todos: «¿Es que la Constitución y el Trono se niegan á reconocer los derechos que tenemos y que hasta ahora nos habían sido reconocidos? Es que se nos quiere empujar á que vayamos á otro terreno donde sean nuestros derechos respetados? Háblese claro, y sabremos á qué atenernos. ¿Se quiere declarar de nuevo á la nación en período constituyente? Entonces escogeremos las posiciones que más se presten para la defensa de nuestros intereses religiosos.»

Medite el Gobierno sobre las consecuencias funestísimas que podría producir la resolución anticonstitucional que de él reclaman los protestantes, apoyados por algunos periódicos poco ortodoxos, si no manifiestamente libre pensadores. Medite el señor Sagasta los deberes que le impone la confianza que en él ha depositado la Corona. Tenga presente que la facultad de erigir templos con puerta á la vía pública y de arquitectura francamente religiosa, concedida á las sectas disidentes, equivale á establecer el régimen de la libertad de cultos, porque los protestantes, que no hacen procesiones religiosas, ni llevan el Viático á los enfermos, ni convocan á los fieles á son de campana, ni practican ceremonia alguna religiosa fuera de los muros de

sus templos, únicamente pueden pedir, para obtener toda la libertad que necesitan, que sus templos tengan carácter de tales, que den á la vía pública, y que públicamente se celebren en ellos los servicios religiosos. Conceda esa facultad el Sr. Sagasta al apóstata Cabrera, rector del templo de la calle de la Beneficencia, y tendrá que concederla para otros templos que en igualdad de condiciones se abrirán en Madrid y Barcelona, y acaso también en otras ciudades, y podremos los católicos decir con toda verdad: «El Gobierno por su propia autoridad, barrenando la Constitución del Estado, ha impuesto á la España la libertad de Cultos.»

Y nada se lograría con que de la fachada gótica del templo protestante se quitara la Cruz y el texto bíblico, como propone el apóstata Cabrera, para que se le permita inaugurarlos al culto de que es asalariado ministro. Así y todo, habría en Madrid un templo público, reconocido por todos los madrileños y por todos los españoles como templo protestante, como *manifestación externa* de un culto disidente, evidentemente prohibido por la Constitución del Estado, la cual no ha de descender á discernir los caracteres accesorios que pueden adornar las fachadas de los templos. Nada se lograría con la supresión propuesta, y de inaugurarse ese templo, luego se inaugurarán otros, que siendo arquitectónicamente considerados verdaderos edificios religiosos con acceso á la vía pública, cambiarían el estado legal de tolerancia religiosa en estado de completa libertad de cultos. La responsabilidad del Gobierno sería la misma, y tendría que afrontar las resistencias legales de la inmensa mayoría de los españoles, que no hemos de consentir en que se nos gobierne anticonstitucionalmente en obsequio á unos cuantos extranjeros y otros tantos españoles averiados que han renegado de las creencias tradicionales. ¿Pero es posible que, por un verdadero *golpe de Estado* se nos imponga la libertad de cultos, ahora que el Gobierno ha puesto en labios de S. M. la Reina Regente, la hermosa contestación dada á los Prelados que asistieron al Congreso Católico de Sevilla, y que tan bien recibida ha sido de los católicos españoles?

Con toda sinceridad lo decimos: sería tan evidentemente anticonstitucional y tan opuesta á los intereses de la paz religiosa y de la monarquía, la facultad que pretenden adquirir los protestantes, que tenemos la seguridad de que el Gobierno del Sr. Sagasta no se atreverá á arrostrar las funestas consecuencias de una resolución que tan en vivo había de herir á los sentimientos católicos de los españoles, desde la augusta señora que ocupa el trono de Recaredo hasta el más misero habitante del más recóndito villorio. Esperamos, porque creemos en el buen sentido y en la lealtad de los Consejeros de la Corona.

Poco hemos de decir en este lugar acerca de la cuestión Panamá, que tratamos por separado con algún detenimiento. Sólo queremos añadir aquí, que los Diarios europeos adictos á la *triple Alianza*, forman los más tristes augurios acerca del porvenir de la República francesa, á la cual presentan en vigiliias de ceder el puesto á la Dictadura ó á la Monarquía, considerándola incapaz de sobrevivir á la infamia que le alcanza por la conducta de sus prohombres. La prensa rusa, por el contrario, saboreando las noticias que de Roma, Buda-Pest y Berlín llegan, anunciando cohechos y chanchullos del género Panamá, sostiene que el escándalo dado por algunos políticos franceses, aunque en sí lamentable, no afecta á la consolidación y porvenir de la República, á la cual no es justo hacer solidaria de los excesos cometidos por algunos de sus partidarios. Nosotros creemos que no es la forma republicana la responsable de la malversión de los capitales del Canal interoceánico, sino los malos republicanos que apoyan á la República transpirenáica; y de los hechos denunciados sacamos la gran necesidad que tienen los franceses de acogerse á la política pontificia. Únanse los hombres honrados para crear una República honrada, justa y fuerte, como aconseja León XIII, y sepan convertir en bien de la Nación la vergüenza que hoy sufren en presencia de la Europa monárquica. Condenen al ostracismo á los aventureros que explotan la política republicana, y sigan las instrucciones del Pontífice Romano, y lograrán recuperar en breve el prestigio nacional menoscabado por el desatentado proceder de algunos de sus más distinguidos ciudadanos.

UN ACADEMICO.

EL AFFAIRE DEL PANAMÁ

El asunto del canal del Panamá sigue siendo el tema obligado de todas las conversaciones y el objetivo de todas las miradas dentro y fuera de la Nación que tan á pechos tomó el salir airoso en esta colosal empresa. Se trata en este caso, como no ignoran nuestros lectores, de la corrupción y venalidad elevadas á la quinta potencia, y tanto más deplorables cuanto que aparecen como gravemente comprometidas las figuras más salientes de la República: diputados, senadores y periodistas, mandatarios del pueblo y directores de la opinión, aquellos en quienes la Nación depositara su omnimoda confianza. Por esto y por el considerable número de víctimas que ha ocasionado, resuena y resonará en todos los ámbitos del mundo civilizado. Ocioso es advertir que de ello se han resentido las instituciones republicanas, según confesión de sus mismos adeptos, y con las cuales se

hubiera podido dar al traste, á existir un partido suficientemente organizado que representara la causa de la dignidad nacional, en esta ocasión solemnemente comprometida.

*
* * *

La exhumación de los restos mortales del barón de Reinach, últimamente concedida, ha arrojado alguna luz sobre este proceso, de suyo enmarañado y espuesto á grandes sorpresas. Parece, en efecto, que se trata de un caso de envenenamiento y que el Barón decidió acabar consigo propio, al verse metido en un callejón sin salida. Por haberse negado á ordenar la exhumación y autopsia del cadáver y el esclarecimiento de los hechos, conforme pedía la comisión parlamentaria de información, cayó el ministerio Loubet-Ribot, el cual ha sido reemplazado por el Ribot-Loubet, que es el mismo anterior ligeramente remendado, pero que fué bien recibido por la Cámara, lo cual prueba la ligereza y frivolidad de ésta. Venía indicado para presidir el nuevo ministerio M. Brisson, presidente de la comisión de información y leader de la campaña iniciada contra la Compañía. Rechazamos, por infundada, la especie propalada por algún periódico de que su excesivo y decantado radicalismo hallara fuerte oposición en las regiones del Eliseo siguiendo las indicaciones del Vaticano, aunque hora es ya de que las decisiones de éste empiecen á influir en los destinos de la República, después de los incesantes desvelos del sabio y bondadoso León XIII. M. Brisson no llegó á formar ministerio, sencillamente porque no pudo formar lo.

*
* * *

Las exageradas pretensiones de la comisión de información, que ha tratado de arrogarse facultades judiciales propias de los tribunales de justicia, han herido la susceptibilidad de éstos, que han protestado, como en sus mejores días, contra tamaño desafuero del poder legislativo; y aunque es preciso confesar que semejante proceder los honra sobremanera y tiene de su parte la buena y verdadera doctrina jurídica favorable á la independencia de la magistratura y á la separación de los tres poderes del Estado, choca algún tanto el que se dé cuenta á estas horas de su posición desairada después de tantos años de servilismo. Porque, dicho sea con las correspondientes reservas, ¿qué es la historia de la magistratura en Francia, al menos en lo que va de siglo, sino una serie no interrumpida de vergonzosas condescendencias respecto de los poderes políticos del Estado? El mismo Fiscal de la República M. Quesnay de Beaurepaire, que la ha defendido á todo trance, aún á costa de su elevado cargo, que ha dimitido recientemente, no hace muchos años servía dócilmente

de instrumento á un ministro poco escrupuloso empeñado en perseguir ante los tribunales y perder á toda costa á un popular y célebre ciudadano, que si bien no era modelo de tales, no podía ser en justicia perseguido y mucho menos condenado por no obrar contra él cargos fundados y pruebas concluyentes. A la verdad, pues, que la magistratura se apercibe algo tarde de su falta de independencia. Ultimamente la comisión ha perdido mucho de su importancia y decaído notablemente, desde la derrota que sufrió al discutirse la proposición de M. Pourquery de Boisserin, favorable á la ampliación de los poderes judiciales de la misma, que agostó en flor gracias á la oposición resuelta y decidida que le hizo el Gobierno, el cual si materialmente no quedó derrotado, salvándose á sí propio, según frase oportuna de algún periódico, gracias á los seis votos de los ministros-diputados que obtuvo solamente de mayoría, moralmente no salió triunfante ni tiene siquiera la probabilidad de salir tal en lo sucesivo, condenado á vivir á remolque de las genialidades de la Cámara actual cuya composición abigarrada pone en continuo jaque á todos los gobiernos cualquiera que sea su procedencia. La comisión de información, pues, y con ella su presidente Brisson, ha quedado derrotada, pero en cambio han salido triunfantes los buenos principios y hora es ya de que así fuera, pues á andar mucho tiempo por el antiguo camino teníamos trazas de llegar casi sin apercibirnos á los tiempos de la Convención.

*
* *

Grandes han sido los destrozos causados por las irregularidades del Panamá en el mundo de los intereses materiales, si se tiene en cuenta el considerable número de familias que aportaron sus ahorros á las cajas de la Compañía y que ahora se ven sumidas en la desgracia. No hay duda alguna que considerado bajo este punto de vista toma un giro más tenebroso, no adivinándose la solución que por este lado puede darse al asunto; porque ¿cómo indemnizar á tantos millares de accionistas arruinados? Estos, á pesar del derecho que tan en justicia les asiste, se han visto preteridos y olvidados durante este tiempo, no mereciendo la particular atención que reclaman sus sacratísimos intereses. Sin duda alguna ello debido á la impresión producida por la grandiosidad del delito, lo cual ha absorbido toda la atención durante los primeros momentos. Pasados éstos y cuando la calma suceda á la tempestad, es de esperar que se pensará seriamente en remediar su triste suerte, ya que así lo pide la caridad á voz en grito y por otra parte la justicia lo reclama. De lo contrario se daría pie á que tomara mayor incremento la doctrina socialista, que, sean los que fueren sus inconvenientes, siempre se coloca del lado de los débiles en frente de las dema-

sias de los fuertes. En este sentido se expresa el *Vorwerts*, periódico alemán, cuando refiriéndose á los escándalos del Panamá dice que éste es el principio del fin, la hora del gran desastre, no sólo para la República, sino también para toda la sociedad capitalista, añadiendo que está próximo el advenimiento del socialismo. También son dignas de transcribirse las oportunas reflexiones del sesudo *Diario de Barcelona*, que hacemos nuestras por respirar la más acendrada caridad:

«Pero lo que más escita nuestra curiosidad y nuestra admiración es el caso omiso que se hace desde el principio de este asunto, de las innumerables víctimas de estos agios punibles. El telégrafo, los periódicos y todas las manifestaciones de la opinión pasan sobre esto con una tranquilidad ó un menosprecio imperturbables, interesándose sólo el aspecto político del negocio, lo que harán los ministros, lo que hará la comisión, lo que hará la magistratura y lo que harán dentro de un año los electores, sin acordarse nadie de los llantos é infortunios de gran número de los arruinados accionistas, que han sacrificado sus bienes y sus ahorros para que sean repartidos por manos ajenas para la compra de personajes y de diarios. No se oye una voz que clame en favor de estos infelices, ni que anatematice como debe, sólo por este motivo, á los autores de tamaña desdicha. Demuestra esto una carencia tan absoluta de sentido moral y humanitario, un olvido tan completo de los más rudimentarios deberes sociales, con cuya ausencia es imposible vivir, que su consideración llena el ánimo de la más amarga pena, cuando se piensa en los obstáculos y en la resistencia que tan débiles elementos pueden oponer á los próximos cataclismos sociales. Todo esto es hijo legítimo de la falta de ideas y sentimientos religiosos, de virtudes individuales y de hábitos de sobriedad y de orden, acusando un materialismo tan desconsolador y una afición tan desmedida á los goces sensuales y á los medios de procurárselos, que contrista el ánimo hasta lo imposible, y hace desesperar de la salvación de un pueblo que ha caído en tan profundo abismo.»

*
* *

No menos honda ha sido la impresión causada en el mundo moral ó de las conciencias por las revelaciones del Panamá, mostrándose el público vivamente impresionado á la vista de tanta corrupción y maldad urdida en tan elevadas regiones. Y teniendo en cuenta que *noblesza obliga* se ha preguntado: si esto dan de sí los grandes y poderosos de la tierra, ¿qué cabe esperar del resto de los demás mortales? La inmoralidad está, pues, en Francia á la orden del día; cada día llueven los periódicos nuevas denuncias y denuncias de personajes importantes gravemente comprometidos: algunas de ellas, meros rumores que necesitan confirmación; otras, infames calumnias habilmente explotadas por mano oculta, tal vez para fines políticos, y á las cuales conven-dría poner coto so pena de dejar socavar la honra de ciudadanos inmaculados; las más, verdaderas acusaciones formuladas en

vista de pruebas irrefutables, y que de seguir aumentando amenazan acabar con la misma República. Todo ello demuestra una vez más que el mundo moral no es independiente del religioso y que esa moral sin Dios preconizada por los radicales y sectarios es una moral de puertas afuera, vacía de sentido y sin arraigo posible en la naturaleza humana. Porque ¿dónde encontrar esos tipos de austeridad ateo-republicana si, los mismos que la predicán a todas horas son los primeros en desmentirla con su ejemplo? ¡Terrible decepción para la doctrina, para los que la predicán y los que la escuchan, que prueba bien á las claras que es irrealizable en la práctica!

*
* *

A nadie causará extrañeza la participación que el judaísmo ha tenido en los chanchullos del Panamá, acostumbrados como se hallan los franceses á ver en sus manos una gran parte de la riqueza pública, más de lo que conviene á los intereses nacionales. Se sabe positivamente que M. de Reinach, M. Cornelio Herz y M. Artón son los que tuvieron la osadía de comprar á elevados personajes: el primero á algunos amigos particulares, que son los comprometidos por los 26 cheques, el segundo á los más importantes personajes de la República y el tercero á los diputados y senadores de segunda fila. ¡Total: tres judíos alemanes cotizando á su antojo las conciencias del país! Por esto los periódicos alemanes no les regatean sus censuras y la *Staatsburger Zeitung* hace responsables á los judíos del océano de fango que amenaza tragarse á la República; todos esos semitas, añade, que llevan por desgracia nombres alemanes, desde Rothschild hasta Rosenthal, desacreditan en todas partes á Alemania. El tipo judío es y será siempre el enemigo irreconciliable del hombre, el explotador sin entrañas, al cual conviene exterminar, y el simbolizador de todas las tiranías del capitalismo moderno. ¿Se convencen ahora nuestras sociedades de que una buena parte de los males que deploramos son patrimonio exclusivo de la dominación de esa execrable raza? No se dará aún la razón al antisemitismo? Y no se tratará de sacudir de una vez el odioso yugo de los hijos de Israel?

*
* *

Pero á la postre y en vista de los inmensos escándalos que lleva consigo el proceso, ¿vendrán arrepentimientos tardíos y se echará tierra al asunto, como vulgarmente se dice? No lo sabemos, ni es dable al simple mortal el predecirlo, pero á las alturas á que ha llegado el célebre proceso creemos que es cuestión de honor para la Francia el conducirlo naturalmente hacia su fin.

Bueno será que salga desmentido, siquiera una sola vez, el con-sabido dicho popular de que en las redes de la justicia sólo caen prisioneros los peces pequeños, escapando los gordos. Entonces tendremos la plena consagración del verdadero régimen democrático, que consiste en aplicar por un igual la justicia á todos. Por su parte el Gobierno se ha decidido á obrar con energía, conforme á los deseos de la verdadera opinión y de los buenos ciudadanos favorables al esclarecimiento de los hechos é indagación de la verdad, y á la hora en que escribimos estas líneas ya han pisado la carcel de Mazas algunos administradores de la Compañía en virtud de orden de prisión dictada por los tribunales, siguiendo las excitaciones del ministro de justicia M. Bourgeois, á quien, como al Gobierno de M. Ribot en general, pertenece una buena parte de la gloria de la campaña actual. También en el Senado y en la Cámara de los Diputados se ha recibido el correspondiente suplicatorio del fiscal de la República pidiendo autorización para procesar á varios senadores y diputados comprometidos, lo cual produjo terrible efecto, acostumbrados como se hallan á no ver casi nunca interrumpida la inmunidad parlamentaria de que disfrutaban. Por lo demás, las Cámaras parecen dispuestas á conceder la expresada autorización.

*
* *

Como se ve, en el fondo del asunto más que una cuestión de principios palpita una de personas, pues á ser otros los diputados de la Nación, otros los representantes de la prensa periódica, otros los administradores de la Compañía y otros los jefes de la alta banca, no tendrían que deplorar los franceses á la hora presente, y con ellos el mundo entero, este escándalo mayúsculo que dejará negra huella en los fastos de su historia patria. Desengañense nuestros lectores: la bondad ó maldad de un determinado régimen político y administrativo no tan sólo depende de la virtualidad de los principios que lo informan y bases fundamentales en que descansa, si que también de la condición especial de los hombres encargados de aplicarlo. Tropezando con conciencias honradas fácilmente puede labrarse la felicidad de un país, aún contando con medianos elementos. Por el contrario, donde imperan el desbordamiento y el pillaje, sólo males sin cuento pueden augurarse para la patria. Mientras no venga con respecto á las personas este tan deseado trabajo de selección, los mejores organismos políticos y administrativos, aún los más abonados por la ciencia y experiencia, morirán de pura consunción á manos de sus viles explotadores. Y esto es lo que le está sucediendo á la pobre Francia, condenada de un tiempo á esta parte á seguir la suerte de unos cuantos aventureros que á todas horas la comprometen y la deshonoran. Por esto urge se lleve á

cabo el mencionado trabajo de selección, que esperamos para las próximas elecciones, en las cuales la Francia honrada, cristiana y laboriosa dejará sentir con todo su rigor el terrible peso de su vindicta. A ello le obliga la perspectiva del porvenir, que puede ser tan grande como su pasado, si una vez purgados los errores del presente se echa decididamente en brazos de la Iglesia católica, fuera de la cual no hallará salvación.

JOSÉ M.^a VENTURA Y PALLÁS.

AQUI VERAN, SEÑORES...

Dicho se está que durante mis quehaceres no me acordé ya más de aquellos apuestos y sapientísimos varones, que poco antes llamaron vivamente mi atención: pongo en práctica (aunque muchas veces *bonus dormitat Homerus*) una sentencia de oro de no sé qué Santo Padre: «Haz lo que haces y hazlo bien.» Mas como nuestra energía animica jamás pára, pues, ó mucho me engaño, ó es el movimiento más continuo que se conoce sobre la tierra; más real que el que dicen los sabios se esconde en las fuerzas mecánicas, físicas ó químicas; luego al salir de nuevo a la calle vivaquearon en mi cerebro ciertas especies que me pusieron de mal humor. ¡Que nunca se acabe con este bribón!...

Tres, cuatro, cinco y más jóvenes, con nombre unas, innominadas otras, llenaban el pasquin que paseaba un infeliz ganfaronero. Por de pronto calculé la inmunda desfachatez con que vil artista presenta *impunemente* ante los ojos del público la hediondez del mundo moral corrompido y la abyección criminal del bello sexo, cuyo solo nombre... ¡cuánto más su corazón!!!... debiera venerarse como el *santcta sanctorum* de la sociedad, como el ángel de la familia, como el viril del genuino amor, como un reflejo vivísimo de la Belleza increada, y pesé en la balanza de mi consideración el atentado horrible y nefando que el siglo comete (y cuando digo siglo, digo el libertinaje legal y las condescendencias paternas) contra la existencia moral, y aún contra la física, de tiernos corazones que debieran latir al compás de inocentes y angelicales suspiros. ¡Pobres doncellas, las del siglo décimonono!... exclamé pensando en aquellas cuyos nombres lei. ¡Infelices doncellas!... Héoslas aquí convertidas en vírgenes crotoniatas, víctimas del vicio tirano, que cual otro Zeuxis escoge de ellas, ajándolo, lo más perfecto y elegante para formar un todo en apariencia armónico y fascinador en la efigie de Elena, tipo de la mujer moderna; héoslas aquí hechas instrumentos de la pornografía viviente, que conculca la vergüenza y el pudor con los espectáculos más indecentes que puede presen-

tar la degradación humana; héoslas aquí heroínas del estado teatral, sílfides de las *Dominicales* en acción, ante un pueblo que las mira y las venera, nó como los romanos que veneraron y contemplaron con ojos tranquilos y pudorosos, y aún así con temor de mancillarlas con su mirada, la beldad y delicadeza de una virgen vestal; pábulo de las pasiones y del apetito de miles espectadores, niños y niñas, jóvenes y doncellas, adultos y ancianos, apacientan en el campo de la deshonra moral sus sentidos, su inteligencia y su corazón, cuyos goces, ideas y sentimientos genuinos van perdiendo su divino lustre en el fango de la pornografía, al mismo tiempo que divagando por las tinieblas de la corrupción váse borrando aquel sello de grandeza que de Dios recibieran y se engolfan en el caos de la insensibilidad moral: cual río que manso y tranquilo en su origen se engrosa á medida que va recibiendo nuevos afluentes y adquiere una marcha más irregular, y por fin una rapidez vertiginosa, saltando de un abismo á otro abismo hasta perderse en las profundidades del oceano; así es la vida moral de los que tienen la desgracia de caer en las garras de la Venus moderna, que cual fatídico genio agitando sus negras é impúdicas alas se cierne sobre el turbulento mar de las pasiones humanas, y como la arena del desierto rápida é impetuosamente transportada por el furioso simoún recorre los cuatro puntos cardinales, arrancando de cuajo los últimos y esbeltos cedros del Libano, la justicia y equidad, sembrando por doquier los gérmenes de disolución social, blandiendo terrible guadaña con la que hace bambolear y en ocasiones hunde los tronos de los reyes y las vetustas y venerables instituciones que los filósofos y los poetas, los azares y las guerras, los siglos y las edades de consuno respetaron. ¡Desdichadas doncellas!... el siglo moderno las ha constituido alma de ese sentimentalismo de mal género que, sin embargo de presentarse con los visos de cierta misteriosa é indefinible debilidad, quita de la espumosa boca de las pasiones el freno de la moralidad, para que corriendo cual inmundas bacanales vociferen «Evan Evohe» por las ciudades y por las naciones y esparzan en todos los ámbitos del universo cual furias la destrucción y la muerte. ¡Miserables doncellas!... el siglo moderno las ha expuesto en una casa de almoneda, que tal es el teatro del siglo décimonono, para que á pública subasta y con negocios algo más que gitanescos propongan precio los brutos explotadores del pudor sobre sus gracias, tesoro de exorbitante valor, que mientras permanece oculto bajo los cándidos pliegues de la modestia y del recato es imponderable, pero que tanto más desmerece y se aja cuanto es más conocido y publicado.

Habeis escuchado ya?... habeis visto el espectáculo?... qué tal?... y he abierto sólo una portezuela!!!...

Los negocios pintan mal... y todo fenecer!... y lo que es peor, tal vez no haya remedio!...

No hay que darle vueltas: crean otros lo que gusten, yo me quedo en la íntima convicción de que, como renacuajos, estamos sufriendo una monumental metamorfosis. Se me ha clavado esto en la mollera y no hay quien me lo arranque... Dirá el mundo que soy mariático... tal vez afirme que falta algún ladrillo, taburete ú otro mueble en mi primer piso... y á mi qué me cuenta el mundo? el picaro mundo? digo lo que siento, y cada cual con su alforja.

Todos los días oigo decir á ciertos amantes (sui generis) de la moral, y no pocos son padres de familia, que estamos atravesando una época en la que el naturalismo torpe y grosero ha paganizado las costumbres; que todos, especialmente los jóvenes, son atraídos por el innoble y culpable goce de los placeres, como inexperto navegante por fascinadora sirena. Y motivos tienen para decirlo: y lamentándolo también yo, les pregunto: Qué? con decir que pesa sobre nosotros el yugo vil de la inmoralidad, hemos concluido?... Con qué, la sociedad, nuestros hijos, están agonizando de inanición moral, y lejos de buscar remedio, nos permitimos morir y hundirnos en las tinieblas de la tumba, ó á lo menos llorar cual plañideras tras el coche funerario que conduce los restos morales... y físicos (por qué no decirlo?) de nuestros vástagos, pedazos de nuestras entrañas, pupilas de nuestros ojos, telas de nuestro corazón?... Dónde están nuestros bríos?... dónde nuestro valor?... dónde nuestro tan decantado catolicismo?... Vemos al enemigo cabe nuestros muros, contemplamos cómo los asalta, lamentamos que merme nuestros consuelos, nuestra felicidad... y hiela nuestros miembros una glacial indiferencia!!!... como mercenarios entregamos el campo del honor de nuestra familia al enemigo, y luego lloramos ¡bobalicones! la irreparable pérdida de la moralidad!!!...

Qué, pues?... El teatro y los espectáculos no resuelven el problema social, cuyo resultado ha de ser la paz y la moralidad: la experiencia demuestra que el cáncer devorador de la tranquilidad pública y privada se extiende en razón directa de los placeres y diversiones: por medio de un mediano estudio se viene en conocimiento de la falta de estabilidad en el edificio social, motivada por la disolución de los vínculos que mantienen unidos los padres con los hijos, los esposos con las esposas, el hogar con el templo: basta tener siquiera un poco de sentido común, para echar de ver que urge aplicar el remedio que está á nuestra vista, que todos los días palpamos y cuya eficacia muy bien comprendemos... La Religión santa que según el impulso de su Fundador divino y mediante su espíritu se mueve bajo la ley del continuo progreso, extendiéndolo todo, y en todas partes, y en todos tiempos, y en todas manifestaciones, nos está diciendo que la mujer no es en la sociedad un ente meramente pasivo, tampoco un sér cuyo desarrollo haya de verificarse en la inac-

ción social, mucho menos un blanco al que asesten sus tiros las pasiones desordenadas, sino que es un fuerte lazo que une á la criatura con el Criador, una poderosa cadena que ata la conciencia de los hombres á sus propios deberes, un irresistible centro al rededor del cual gira el doble progreso de la especie humana, el progreso de la inteligencia y el progreso del corazón. La mujer, ya sea que resplandezcan en sus mejillas las rosas del candor y de la inocencia, ya sea que ufana y cariñosa ostente los frutos de su maternidad, imprime en sus domésticos un carácter peculiar que hace perfectamente visible la mano de Dios, obrando maravillas en los vástagos de la afortunada familia á que pertenece aquella existencia angelical. ¿Quién no percibe lor perfumes de la atmósfera santa que llena el hogar doméstico, nido apacible de la cándida paloma de cuya boca pende la rama de olivo, símbolo de nuestra paz? y quién podrá calcular la abundancia de frutos que se admiran en el árbol del corazón de la mujer católica, regado por los puros arroyos del amor de Jesucristo? Preguntad sino á los individuos de una familia fecundizada por el aliento celestial de una mujer, preguntadles, quién es Dios y qué perfecciones tiene, y lo saben; qué es el hombre, cuál es su origen y cuál su fin, y lo saben; cuáles son nuestros deberes y cuáles nuestros derechos, y lo saben; nada ignoran: conocen á Dios y al hombre, conocen la tierra y el cielo. Y si me decís que el corazón de la mujer puede más en el mundo social, en el mundo de las costumbres, que todos los filósofos, todos los teólogos, todos los legisladores, todos los guerreros, lo creeré; si me asegurais que el corazón de la mujer vence las furias del infierno, los alardes de la impiedad, los embates del orgullo, los ataques de la fuerza bruta, no lo pondré en duda, porque estoy plenamente convencido de que ante la fuerza moral de una mujer confiesan su impotencia los mismos genios.

La mujer madre es freno que contiene el agitado corazón del niño que salió de sus entrañas, cuyo fogoso pecho tiende á saltar la barrera de los deberes morales y á lanzarse al campo del libertinaje como corcel suelto en la pradera, mas que se contiene al mágico influjo de su madre, cuyo nombre percibe en todas partes: el soplo de las brisas le traen nuevas de su madre, el gemido de los bosques le hace oír á su madre, el murmullo de los mares le recuerda á su madre, las perlas del rocío son lágrimas de su madre, siempre y á la continua ve presente á su madre: cuando deslumbrado por las fútiles forforescencias del placer corre en pos de lo vano y de lo mentido, al topar con la imagen de su madre, se detiene y roba su inteligencia y su corazón de los brazos de la inconsideración y desvarío; si por ventura locamente fascinado por el oropel mundano va á entregarse á las orgías y bacanales y á encenagarse en el lodazal del vicio, vuelve en sí, recobra su serenidad, advierte su insensatez, llora su lo-

cura, huye de tal precipicio, al solo recuerdo de su madre; siempre que débil su corazón se inclina á los caducos goces de la materia con peligro de inhabilitarse para levantar en adelante sus ojos hacia el cielo, encuentra unos brazos que le aguantan como le sostuvieron infante en los principios de asegurar sus pasos, los brazos salvadores de su madre; porque la madre, aquella mujer que todavía nos abraza y acaricia, ó que apartada tal vez por el espacio anhela y suspira abrazarnos y acariciarnos; la madre, aquella mujer que nos dió el último beso en el lecho de la agonía diciéndonos que fuésemos buenos; la madre, el solo recuerdo de esta madre, dirige el corazón del hijo y el corazón de la sociedad, como perito gondolero conserva seguro su rumbo surcando la llanura de los mares.

La mujer..... Ah!.... ¿habeis visto alguna vez durante el crepúsculo vespertino y en tiempo tempestuoso unas nubecillas rosadas por los ocultos rayos del sol? pues son una pintura exactísima de la mujer católica, en cuyo corazón se reflejan los rayos del amor inocente y puro, que se ocultan de la sociedad bajo las nubes tenebrosas del mal..... Si pudiese reaparecer el asaz amortiguado influjo de la mujer (no del siglo décimonono, sino de la mujer católica) en la sociedad y en la familia y afianzarse por completo el edificio social en fundamento tan vigoroso y esplendente, lograríamos ver en el mundo lo que por fortuna lograron ver nuestros abuelos, el espectáculo encantador de una sociedad que cual firme roca contra la que se estrellan las olas del entumecido océano, resistiría valerosamente las vicisitudes de los tiempos, usos y castumbres, presentándose antigua y nueva, anciana y joven, rugosa y lozana. Sin aquel fundamento la sociedad y la familia están ya convictas de ser cadáveres ambulantes; sin aquella vitalidad fecunda y real la sociedad y la familia podrán durar como duran las momias petrificadas, raquíticos restos de una vida que fué, mas no vivirán, pues el vivir supone movimiento, y el movimiento una fuerza, y la fuerza Dios; y como la mujer, ya se consideren sus ideas, ya se miren sus sentimientos, está rodeada de Dios, respira á Dios, se compenetra de Dios, es un especial aliento de Dios, de ahí que la sociedad y la familia han de nutrirse del espíritu de la mujer, concentrado en el espíritu de Dios; de manera que agotada la leche que ha de conservar nuestra vida, los corifeos de la surgente revolución social, mostrarán enhiesta su infausta bandera en el pabellón de la moralidad, y entonces la justicia y la verdad, la bondad y la belleza, la grandeza y el poder, no serán más que recuerdos de algo que hubo y que ahora no existe, meras ilusiones de una imaginación que sueña gozar de lo que no tiene, efímeras esperanzas de corazones que descansan meciéndose en mullidos afectos de una falsa paz; entonces la solución del problema para cuya resolución tanto trabajan los hombres de estado qua saben lo que es

el bien público, que por desgracia los hay pocos, y los padres de familia que ansian el reinado de Jesucristo en la sociedad, aquella solución se logrará, más no por medio de la honradez, del buen sentido y de la convicción, sino mediante las teas incendiarias y el alevoso puñal.

Horrorizado por estas ineludibles consecuencias, cuanto antes pude hiqué las rodillas ante aquel Dios que pendiente de la cruz excusó á sus enemigos, y oré por la sociedad y principalmente por los padres de familia que olvidan sus más sagrados deberes: «Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

T. V. E.

La vida de sociedad y la vida de familia.

Composición literaria, original del Académico de Número D. Juan Guí, y recitada por el mismo en la Sesión pública, celebrada por esta Academia el día 4 de Diciembre de 1892.

EXCMOS. SEÑORES: (1)

SEÑORES:

Lo que se llama *vida de sociedad*, es un fenómeno característico de nuestros tiempos, no conocido de las edades históricas que nos precedieron. Nuestros antepasados distinguieron entre la vida pública y la vida doméstica ó privada, entre la azarosa vida del político y la tranquila del padre de familia, entre la del militar que peregrinaba sin descanso y la del artesano que sólo había respirado los aires natales, entre la del sacerdote, la del juez, la del gobernador, la del catedrático, que consumían sus energías, sus talentos, en el desempeño de sus públicas funciones, y la del labriego, la del mercader, la del rentista, la del industrial, que aplicaban todo su sér al fomento de sus intereses particulares, á las necesidades y conveniencias de sus familias, al bienestar y porvenir de los que llamaban y eran pedazos de su corazón. Entonces el hombre, ó servía á la patria y á la religión, y su vida revestía un carácter público, ó se aconchaba en los lares queridos, y su vida era completamente privada. Y la mujer de esos tiempos transcurridos, la madre, la hija, la esposa, siempre amadrugada en el hogar doméstico, á no ser que deberes de religión, de sociedad ó de beneficencia, la obligaran á dejarlo temporalmente, no conocía otra vida que la vida

(1) Excmo. Sr. Gobernador civil, Presidente de la Diputación, Alcalde Constitucional y Regente de la Audiencia.

doméstica, la vida del amor casto y puro, la vida de las expansiones sencillas y cariñosas, la de los recuerdos plácidos y risueños, la de las esperanzas alegres y halagadoras, la de los entretenimientos útiles y placenteros.

Pero hoy, Señores, esa vida pertenecería completamente á la historia, si no se hubiera refugiado en los pequeños poblados, en las arrinconadas aldeas, en los míseros villorios: sólo allí se dan ejemplares de esas familias patriarcales, desconocidas en los grandes centros de población. En éstos, mayormente entre las familias acomodadas, á la vida doméstica ha sucedido la *vida de sociedad*. ¿Quién en ellos, Señores, se resigna á la felicidad íntima que proporcionan los goces de la familia? La cifra de la dicha y de la gloria se pone en aparecer feliz á los ojos del mundo, en ostentar fuera de casa un bienestar, una opulencia, unas satisfacciones que acaso no existan. No importa que en el hogar se sufran privaciones, con tal que en sociedad se simule abundancia; no importa que en casa reine la discordia, con tal que en público rebóse la alegría y contentamiento; no importa que el porvenir se presente sombrío y tempestuoso, con tal que el mundo crea que será risueño y brillante. El caso es brillar en la sociedad, que nadie se divierta más, que nadie vista mejor, que nadie sea más atendido, más considerado, más obsequiado; que nadie represente papel más deslumbrador en el teatro, en el paseo, en el baile, en el templo. Para que logren esas distinciones sociales su esposa é hijas, trabaja noche y día el industrial, y el banquero, y el escritor, y el comerciante, y el artista; para gozar esa consideración social, se arruina el hacendado, se envilece el diplomático, saquea el Erario público el político, y se resigna á perpetua pobreza el militar, el magistrado, el catedrático, que no tienen valor para afrontar las sañudas miradas de la moda triunfante. A toda costa es preciso brillar en sociedad, gozar fuera de casa, parecer más feliz que los otros, llamar la atención pública de un modo preferente, usufructuar más que los otros las ventajas y acicalamientos que la cultura moderna ha excogitado.

¡Oh, sí! el mundo es un Edén poblado de dichas y encantos; no hay quimera de la imaginación, ni capricho de la fantasía que tarde en presentárenos con los vivos colores de realidad; anida en su seno una magia que hace brotar todos los prodigios que sueñan nuestros deseos; magia seductora, poderosa magia que nos deslumbra, nos embriaga, nos atrae, nos enloquece hasta el frenesi; llega á seducirnos, corremos tras de ella con ciega impaciencia.... más.... ¡qué capricho! La cerramos las puertas de nuestras casas, la dejamos en la calle, no queremos darla entrada en la misteriosa y recóndita intimidad del hogar.

Ah! Señores, y si buscamos un algo en que apoyar y descansar nuestros más grandes y elevados sentimientos; si inten-

tamos encontrar corazones que comprendan los latidos del nuestro, brazos que estén prontos á estrecharnos con efusión, labios que nos den consuelo; si queremos indemnizarnos de la envidia, egoísmo, vanidad....., ¿por qué no decirlo? de la hipocresía que envuelve al mundo, buscando tiernas lágrimas derramadas por ojos que humedecen su cristal al vernos presa de enfermedad; si queremos ver, Señores, todo esto, tenemos que volver la espalda al mundo, y hallaremos por desquite, un consuelo, un refugio, el único, la familia.

El padre, la madre, la esposa, los hijos, los hermanos; hé aquí todas las figuras del cuadro.

¿Qué distancia hay entre la sociedad y la familia?... Ninguna. La familia mutiplicada por diez, por ciento, por mil, hé ahí la sociedad. Las familias son la sociedad misma. Esto parece exacto.

Pues bien, Señores; yo me atrevo á decir que es una exactitud falsa, que entre la familia y la sociedad existe una inmensa distancia, la misma que hay entre un corazón que ama y un amor que se extingue, una aurora que brilla y una luz que se apaga.

Voy á probarlo.

Ved al hombre que vuelve de la perpetua comedia de la sociedad á las realidades de la familia.

Cuatro paredes que se confunden en el laberintó de casas que forman las calles; hacia este sitio, ignorado, desconocido siente el hombre cierto cariño, á él acude á cobijarse para dar paso al tumulto del mundo, y á guarecerse contra la intemperie de la sociedad. Es para cada uno un recinto sagrado, ameno; un lugar de dulces recuerdos, en cuyo umbral deja el hombre torpezas, pasiones, debilidades, vicios.

Llega abatido como el proscrito que vuelve á pisar la tierra de su querida patria.

Entra.... y su pecho respira, su frente se levanta, sus labios sonríen, sus ojos se iluminan porque ojos solícitos le salen al encuentro y leen en su semblante la más ligera señal de lo que apetece; manos cariñosas le quitan el sombrero; le acercan la silla, lo acarician; bocas risueñas pronuncian su nombre; el aire que allí se respira está lleno de voces que con cariño le llaman: aquello es otro mundo, otras gentes; todo lo que acaba de dejar es mentira, y es verdad todo lo que allí encuentra.

Su corazón se ensancha, se dilata, se expansiona, se apresura á abrir las puertas de sus sentimientos, y hablando en plata, puede decirse que se asoma á la ventana del rostro; el hombre sale de sí mismo, se busca, se halla, se reconoce, se siente y toma posesión de su sér. Hasta entonces no se pertenecía, se debía á la sociedad; ahora ya es suyo, se pertenece, se debe á la familia.

En la casa todo nos espera, todo nos halaga, todo nos sonríe; en ella todo nos habla de aquellos primeros días de la vida, poblados de ilusiones y de esperanzas; allí está el recuerdo de nuestra infancia y la memoria de nuestra juventud que salen á recibirnos para contarnos aquellas locuras ya olvidadas, aquellos sueños desvanecidos que tuvieron de hermosura nuestros primeros años, y allí en fin parece que hasta anidemos cariño por aquellos objetos que amueblan la casa, y que nos rodean, nos cercan, nos estrechan, fingen disputarse nuestras miradas, aparentan buscar nuestras sonrisas, y parecen preguntarnos todos á la vez:.... ¿Te acuerdas?

Sin duda nos ofrecen un tesoro de recuerdos, porque saben que sacamos de casa un tesoro de esperanzas.

En fin, ¿á qué dudarlo? es otro hombre.

¿Por qué?

Porque se mueve en un ambiente muy distinto, porque respira otra atmósfera, porque la familia se encuentra á gran distancia de la sociedad, porque se ha quitado el disfraz que para el trato le exigía el mundo.

Hijo ó padre, hermano ó esposo, sienten en lo más íntimo de su alma los dulces afectos de la vida, se desenvuelven los tiernos sentimientos que en su pecho anidan, y después de tanta ficción y engaño, su corazón latiendo de una manera estraña pero dulce y sosegada, descansa y posa á la vez en cada uno de los corazones que le rodean y le aman.

Vuelve de la soledad que le aburre á la compañía que le halaga, del embriagador tumulto de la sociedad al apacible sosiego de la familia, de la corruptora codicia al desinteresado desprendimiento, de la venenosa envidia á la abnegación más afectuosa, del desprecio de la vanidad á las complacencias de la candorosa sencillez, del hielo del egoísmo á los ardores del amor acendrado, del degradamiento de los vicios al ennoblecimiento de las virtudes amables, de la indiferencia del trato á la solicitud del hogar; y allí envuelto en la intimidad del cariño, su propio corazón le dice,—y el corazón nunca se engaña,—que no está solo en el mundo, que hay alguien que le quiere, y este alguien es el anciano padre, la querida madre, el estimado hijo, el cariñoso hermano, la tierna y dulce esposa, los ángeles tutelares de su existencia, los compañeros inseparables de su peregrinación sobre la tierra.

JUAN GUÍ

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE LA IDEA DE LA VERDADERA RELIGIÓN

V.

Mi querido Conrado: Te hablaré con franqueza, porque no quiero camelarte, para salir con mi intento á pesar tuyo. Era mi plan, exponerte, á continuación de lo que dejé consignado en mi última, la economía de los Sacramentos, ya que por ellos, de un modo principalísimo, se nos comunica la vida sobrenatural, es decir, la vida divino-humana de que te venía hablando. Pero me sales al paso, advirtiéndome que dejo olvidadas las escenas paradisiacas, la caída de nuestros primeros Padres, su degradación y la de su descendencia, y la promesa de su rehabilitación por un Redentor divino; escenas que tú consideras como causa eficiente de la Encarnación del Verbo divino, y como punto de partida obligado para explicar el plan divino de la religión cristiana. No trato de capotear el asunto, pues te prometo volver sobre él, y tratarlo con detenimiento. Pero déjame ahora que desarolle algo más mi idea fundamental, y puesto que te he hablado de la incorporación de los redimidos á la Humanidad de Jesús, permite que te añada que esa incorporación se verifica mediante los santos Sacramentos, fruto el más delicioso producido por el árbol de la Cruz. Hoy debes blandear conmigo, porque no trato de ladear dificultad alguna, que para mi en este caso no existe, sino de instilar con mayor seguridad en tu ánimo mis propias convicciones.

La materia en que voy á ocuparme tiene aquí su lugar propio y adecuado; porque después de haber visto que los actos realizados por la Humanidad de Jesús, constituían el fondo esencial de la religión verdadera, ya que en ellos la criatura daba á Dios gloria infinita, y la vida divina se comunicaba sustancialmente á la criatura, y lo que Dios daba no era inferior á lo que Dios recibía, supuesto que Dios y el Hombre subsistían en un mismo sujeto; después de haber añadido que Cristo quiso incorporar, en su Humanidad santísima, á todos los descendientes de Adán, y representarlos en su Pasión y Muerte y en su Resurrección gloriosa, para que sus actos se realizaran, no sólo en nombre propio, sino en nombre de toda la humanidad histórica, estableciendo verdadera solidaridad entre El y los hombres, y satisfaciendo y mereciendo y alabando al Eterno Padre, por Si y por toda la gran familia humana, con lo cual logró reconciliar á Dios con la humanidad pecadora, y hasta sobreponer el honor

que al Creador habían de hacer los hombres á las ofensas que habían de inferirle; era congruente que el hombre en particular participara de esa misión religiosa de Jesucristo, y que Este facilitara á los individuos lo que graciosamente había concedido al humano linaje en general, dando así toda la eficacia posible á su propia misión, ya respecto de las criaturas, ya respecto del Creador. Porque sin este llamamiento y la consiguiente asociación de los hombres á la obra de Cristo; la religión produciría sus apropiados efectos con relación á Dios, que sería glorificado adecuadamente por la sagrada Humanidad de Cristo en nombre de todos los humanos; pero no sería suficientemente eficaz, para que el hombre honrara personalmente á Dios, y adquiriera derechos valederos á la fruición de sus eternos destinos. Ciertamente que en ese supuesto, el hombre que no hubiera cometido pecado actual, ó que habiéndolo cometido tuviera de él contrición verdadera, no sería por Dios condenado, ya que por sus pecados,—el original y aquellos de que tuvo contrición,—dió Cristo satisfacción completa y superabundante; pero qué títulos podía presentar ese hombre para reclamar la bienaventuranza eterna, ya que nada podía hacer digno de ella? El Limbo hubiera sido la patria definitiva de los escogidos; el infierno la de los réprobos; el cielo la de la Humanidad de Cristo.

Mas así como nuestro Redentor divino llevó su generosidad hacia el Padre Eterno hasta el infinito, incorporándose á toda la humanidad y satisfaciendo por todos los descendientes de Adán, para que el Creador quedara cumplidamente honrado en sus criaturas; así también extendió su generosidad hacia la prole adamítica, cuanto ésta necesitaba, habilitando á los hombres para que personalmente se asociaran á su empresa religiosa, y se apropiaran sus merecimientos, y comunicaran su vida y fueran participes de sus gloriosos destinos. A este fin instituyó los santos Sacramentos, mediante los cuales nos aplicamos los méritos de la Pasión y Muerte del Redentor, nos anexionamos real y personalmente á su misión religiosa, nos incorporamos á su Humanidad santísima, y viviendo en ella, juntamente con ella damos á Dios culto religioso, y le honramos dignamente, y merecemos el derecho de hijos adoptivos y ganamos el título de herederos del cielo. Por donde, los santos Sacramentos, de hombres nacidos en pecado ó hijos de maldición, nos convierten en *cristianos*, es decir, en hermanos de Cristo, en hijos adoptivos de Dios, en miembros vivos de un cuerpo vivo cuya cabeza es Jesucristo, como dice el Apóstol San Pablo. Constituyen el fondo esencial de la religión verdadera que el hombre debe practicar para salvarse, y sin ellos perpetuamente nos hubiéramos movido fuera de la órbita de nuestros destinos, porque hubiéramos permanecido extrañados de los planes del Eterno.

Por aquí entenderás, querido Conrado, que no debía yo, por

atender á las indicaciones de tu carta, desgarrarme del rumbo que había dado á mis disquisiciones, y enfrascarme en la consideración de las escenas paradisiacas. Hubiera desatinadamente embujado especies, que debemos estudiar por separado, siguiendo con severidad lógica la hilación de las ideas. Y como puedes ver, á poco que en ello te fijes, procedía tratar de los Sacramentos, toda vez que habíamos hablado de la solidaridad establecida por Jesucristo, entre su Humanidad sacratísima y la descendencia adámica, para la grande obra del establecimiento de la religión, la cual principalmente por los Sacramentos se hace extensiva á la humanidad histórica. Esta es llamada á comunicar inmediatamente con Dios, á la manera que Jesucristo lo hizo durante su mortal existencia, mediante la suscepción de los Sacramentos, que nos asocian á la misión del Verbo Encarnado. Por esto, interesa sobremanera á nuestro propósito obtener de los Sacramentos una noción clara y distinta, ya que á ellos debemos recurrir, si queremos tener parte en la empresa religiosa, á que el Hijo de Dios nos acucia con vehementes instancias y bien perceptibles llamamientos.

Dan los teólogos del Sacramento la definición siguiente: Un signo sensible, sagrado, instituido con carácter permanente por Jesucristo, para significar y conferir la gracia. Por donde, tres son las condiciones que necesariamente deben concurrir para que se dé el Sacramento: 1.^a Signo sensible; 2.^a institución divina, y 3.^a eficacia para producir la gracia prometida por Jesucristo. Pudo Jesucristo determinar otros procedimientos, para incorporarnos á Si y hacernos partícipes de su misión, de su vida y de sus méritos infinitos; pero para acomodarse á las exigencias de nuestra naturaleza, que por lo sensible se eleva al conocimiento de lo espiritual, dió á ciertos objetos y á determinadas operaciones humanas la virtud de producir sobrenaturalmente el efecto interior que exteriormente significan, con lo cual, sobre facilitarnos la consecución de la vida sobrenatural, nos da la mayor seguridad de haberla obtenido. Y claro está que sólo aquellas cosas y operaciones sensibles, predeterminadas al efecto por Jesucristo, son aptas para producir la virtud del Sacramento. Y así, ni aún aquellos objetos y ceremonias establecidas por la Iglesia, para disponernos mejor á recibir la gracia divina, como el agua bendita, la consagración de los templos, las públicas ceremonias del culto, las oraciones, son verdaderos Sacramentos, porque, aunque útiles para la vida espiritual, no tienen la virtud de santificarnos, no nos aplican la vida de Jesucristo, no nos hacen candidatos á la eternidad beatífica. Los Sacramentos son siete, ni más ni menos, como definió el Concilio Tridentino, en su Sesión séptima, porque á siete signos externos concedió Jesucristo la virtud de producir la santificación del hombre. Y Santo Tomás halla la congruencia de que fueran siete preci-

samente, en la analogía que guarda la vida espiritual con la corpórea y sensible. En la vida natural, dice el Dr. Angélico, se requiere: 1.º que el hombre nazca; 2.º que crezca; 3.º que se nutra; 4.º que se medicine en caso de enfermedad; 5.º que se robustezca contra sus contrarios; 6.º que sea bien dirigido, y 7.º que se propague; y en la vida espiritual los Sacramentos atienden á esas siete necesidades: El Bautismo para el nacimiento; la Confirmación para el desarrollo; la Eucaristía para la nutrición; la Penitencia para la medicina; la Extrema-Unción para el robustecimiento; el Orden para el régimen, y el Matrimonio para la multiplicación de los fieles.

Respecto á la *materia* de los Sacramentos, constituida por las cosas preexistentes, ó por los actos sensibles empleados para su confeccionamiento; respecto á la *forma*, que son las palabras de que se sirve el ministro para adecuar al fin sacramental los actos ó las cosas preexistentes, y aún respecto de la persona del ministro y de la intención, con que debe proceder, de ejecutar lo que la Iglesia ejecuta, te remito, Conrado amigo, á los libros de Teología, donde hallarás todos los pormenores que puedes apetecer sobre estas materias y que allí tienen su lugar apropiado. Pero es muy pertinente, que te diga algo sobre la gracia sacramental y sobre la causa productora de la misma, pues que esto ha de contribuir á maravilla para que adquieras una noción limpia y bien definida de la naturaleza é importancia de los Sacramentos. Los cuales, no sólo significan, sino que realmente producen la gracia, y no en virtud de las buenas disposiciones del que administra ó recibe el Sacramento, sino por virtud y eficacia del Sacramento mismo, *ex opere operato*, según el lenguaje de la Teología. Esto es de fe, y está definido por el Tridentino, el cual Concilio Ecuménico se apoyó en las enseñanzas de la Santa Escritura, en la doctrina unánime de los Santos Padres, y en la constante práctica de la Iglesia, que siempre admitió la validez del Bautismo y de la Confirmación, aunque conferidos por ministros indignos. Pero al enseñar el Tridentino que los Sacramentos producen la gracia por su propia virtud, y no por las disposiciones del ministro y del suscipiente, añadió también que se requieren ciertas disposiciones para la recepción sacramental, y que proporcionalmente á ellas se confiere la gracia en mayor ó en menor abundancia. Pero esta gracia que corresponde á la devoción del suscipiente, y que por esto se llama *ex opere operantis*, no inmuta la naturaleza del efecto sacramental, que corresponde indefectiblemente á la aplicación del Sacramento, el cual es causa instrumental de la gracia que en él se recibe. Claro está que Dios es la causa principal y la fuente primera de la gracia; pero no quiere dárnosla directa é inmediatamente, sino mediante la aplicación de los Sacramentos. Y no ya en virtud de cierto *pacto*, de modo que Dios deba otorgar

tal ó cual gracia, cuando se recibe con las debidas disposiciones tal ó cual Sacramento, sino que el Sacramento, por otorgación divina, es quien produce en el alma la gracia que se recibe; es instrumento movido y dirigido por Dios para lograr el efecto espiritual indicado por las acciones externas. Lo cual comprenderás fácilmente, si presupones, como es verdad, que Jesucristo, deseoso de nuestra santificación, pidió y obtuvo del Eterno Padre en compensación y premio de sus padecimientos y cruento Sacrificio, que siempre y cuando se aplicaran las materias y formas sacramentales por el ministro propio y con la debida intención, el acto natural así realizado surtiera efectos sobrenaturales, causando en el recipiente las gracias apropiadas al Sacramento recibido. Y este modo de considerar los Sacramentos me excusa de hablar acerca del verdadero Autor de los mismos, que claro se ve es Jesucristo, que los mereció por su Pasión y Muerte, como también se ve que las gracias que nos producen no son otras que las que Cristo nos impetró durante su mortal existencia.

Pero no puedo evadirme de darte alguna aclaración sobre las gracias sacramentales de que estoy tratando. Tres especies de gracia producen los Sacramentos: gracia *actual*, gracia *habitual* ó *santificante*, y gracia *sacramental* ó especial de cada uno de los Sacramentos. Te diré lo más indispensable de cada una de ellas. La gracia actual, llamada *general* por Sto. Tomás de Aquino, y que Dios, aún fuera de los Sacramentos, da a quien y cuando le place, pero siempre con *suficiente* copia para que el hombre sea responsable de sus destinos eternos, es la iluminación del entendimiento y la moción de la voluntad ordenadas para producir en nosotros actos encaminados á nuestra salvación. Esa gracia perfecciona la esencia y las potencias del alma, de modo que el hombre *pueda* siempre obrar, dadas las circunstancias que le rodean, de un modo conducente á su fin último. Es más abundante esa gracia, ó la iluminación del entendimiento y la moción de la voluntad, según la mayor perfección requerida por el propio estado; más abundante para el cristiano, que para el infiel; más para el eclesiástico que para el seglar; más para el Obispo y Religioso que para el simple Eclesiástico. Cristo la mereció para todos los hombres, por todos murió y á todos nos quiere salvos, como largamente enseña S. Pablo en todo el cap. V de su Epistola á los Romanos; y más claramente aún, en su primera á Timoteo, dice: *Qui omnes homines vult salvos fieri et ad agnitionem veritatis venire*; esto es, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Y por ser así, para todos los hombres mereció y obtuvo Cristo esa gracia general y suficiente, con la cual pueden salvar su alma, aunque de hecho, por el mal uso de la libertad, no lleguen muchísimos á salvarse.

La gracia habitual, llamada también *santificante*, es aquella que inmediatamente justifica al hombre, le hace hijo adoptivo de Dios, heredero de la vida eterna y le asocia de un modo permanente á la misión de Jesucristo. Esta es la vida sobrenatural, la vida divino-humana que Dios nos comunica y de que tantas veces te he hablado. Este es el fruto más rico y esquisito producido por el árbol de la Cruz. A la producción de esta gracia, ó á su conservación y aumento, se dirigen en general los Sacramentos todos. Los unos la producen, justificando al hombre, como el Bautismo y la Penitencia, y entonces se llama gracia primera; los otros, aumentan la gracia santificante preexistente, como la Confirmación y la Eucaristía, y se llama gracia segunda. Los Sacramentos que producen la primera gracia, son los llamados *de muertos*; los que producen la segunda son los *de vivos*. Se diferencia la gracia actual de la santificante, en que aquélla dispone y habilita al alma para ascender al orden sobrenatural y vivir en él, mientras que esta última produce la justificación, incorporándonos á Jesucristo, y haciendo que Dios nos vea en su propio Hijo y nos mire y trate y regale como á hijos adoptivos y hermanos de su Unigénito. La gracia actual nos dispone para alcanzar la santificante, y alcanzada, para perseverar en ella. Por donde, aunque tan necesaria, no es de su especie tan eminente como la santificante. Por ésta, no sólo Dios ilumina nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad, sino que mora en nuestra alma, residiendo en ella como en su templo propio, conforme decía San Pablo á los Corintios: «¿Ignorais que sois templo de Dios?» «Santo es el templo de Dios, que sois vosotros,» «Vuestros miembros son templo del Espíritu Santo,» «Vosotros sois templo de Dios vivo.» Allí vive Dios y comunica amigablemente con el alma, sugiriéndola buenos pensamientos, fomentando sus arranques generosos, alentándola en sus propósitos de virtud, fortaleciéndola en sus tentaciones y desmayos; y en cuanto la inviolabilidad de la libertad humana lo consiente, sustituyendo el principio humano de las propias determinaciones por un principio sobrenatural y divino. En una palabra, la gracia santificante nos hace participar de la vida divina, poniendo en ésta el principio determinante de nuestras operaciones, que por esto adquieren valor sobrenatural y nos dan derecho á la herencia eterna.

La gracia que hemos llamado sacramental, es un derecho habitual que adquiere el que dignamente recibe un Sacramento, para percibir las gracias actuales necesarias al logro del efecto propio de aquel Sacramento. Así, el Bautismo da gracia especial para renunciar á las vanas pompas y á los placeres del mundo, según lo que en él se promete; la Confirmación, para confesar impávidamente la fe cristiana, siempre que se ofreciere; la Eucaristía, para permanecer y progresar constantemente en el amor

de Cristo; la Penitencia, para detestar los delitos cometidos, evitar las ocasiones de los pecados, y perseverar en la gracia; y así de los demás respectivamente. Esas gracias, de hecho, no poniendo el hombre óbice, se producen en el alma, que queda mejor dispuesta y habilitada para los efectos sacramentales. Y no te se ocultará, á poco que reflexiones sobre lo dicho, que así la gracia sacramental, como la actual de que primeramente te he hablado, se ordenan á la consecución y aumento de la gracia santificante; pero esta de que ahora tratamos, es más especial, más pingüe, más efectiva, pues se hace eficaz por virtud del mismo Sacramento, que la produce indefectiblemente por la bendición de Cristo y aplicación del Ministro. A ella concurren la materia, la forma y la intención, movidas por Dios, en atención á los méritos de Cristo, para que sobrenaturalmente produzcan el efecto espiritual. Esa gracia sacramental procede de Cristo-Dios, como de su principio mediato; de Cristo-Hombre, como de su principio instrumental movido por Dios; del Sacramento mismo, como de instrumento separado habilitado por el principal.

Para concluir este punto, te añadiré que algunos Sacramentos además de las gracias antedichas, producen una impresión especial en el alma, llamada *carácter*, y que, según lo enseñado por el Tridentino, sec. 7, c. 9, es una señal espiritual é indeleble, impresa en el alma, por la cual el hombre se distingue de los demás, y queda deputado y habilitado para lo referente al culto divino. Los Sacramentos que imprimen carácter son: el Bautismo, la Confirmación y el Orden, y por ser indeleble esa señal, son aquéllos irreiterables. Mas debes reconocer con Sto. Tomás, —Pars 3, q. 63— que la esencia del carácter no consiste en la indelebilidad, ni en la gracia sacramental, sino en una especial modificación del alma, en una cualidad que adquiere y que conserva permanente, aún en la otra vida, pues por ella los Bienaventurados reciben mayor gloria, y los condenados mayor ignominia. Por el carácter impreso en el Bautismo, queda el fiel adscrito á la familia de Cristo; por el impreso en la Confirmación, queda alistado en la milicia cristiana; por el del Orden queda elevado al ministerio de Cristo, y habilitado para los cargos clericales de las funciones sagradas. Por eso es, que los tres mentados Sacramentos nos asocian de manera especial á la misión de Cristo, para dar con Él culto al Eterno Padre, y nos distinguen del resto de los hombres, constituyéndonos en un estado espiritual determinado. Es el carácter la participación del sacerdocio de Cristo, y la consiguiente adscripción al culto de Dios; distingue al cristiano del infiel, al soldado de Cristo del que no ha ingresado en la espiritual milicia, al clérigo del laico. Y esa distinción es más trascendental en el orden suprasensible de la gracia; porque por el Bautismo queda el suscipiente constituido en un estado superior al que tenía entre los infieles ó no

bautizados, sometido á la acción permanente de la gracia general que Cristo mereció para los predestinados á la vida sobrenatural, á la cual nunca ascenderán los que no renacieron en el Bautismo. Por la Confirmación, los fieles son elevados á un orden superior de la gracia, donde son especialmente favorecidos en todos los acaecimientos de la vida, para conducirse como generosos y denodados soldados de Cristo. Por las Ordenes sagradas, es ascendido el cristiano práctico á un orden de gracia superior al en que vivía, y en el cual recibe mayores luces, más enérgicas mociones, alientos más generosos para honrar y glorificar á Dios, impulsos más eficaces para imitar á Cristo, y desempeñar su sacerdocio en obsequio á Dios, en bien de sus semejantes y en propio aprovechamiento.

He concluido por hoy, mi querido Conrado. Y supuesto que en esta carta me he atenido á generalidades, no dudo que algunos de los puntos que he tocado, habrán quedado algo oscuros, á pesar de mi buen deseo en precisar las ideas y evitar el tecnicismo teológico. Por esto juzgo indispensable aplicar la doctrina general que hoy he expuesto á algunos Sacramentos, escogiendo al efecto aquellos que más se prestan para poner en claro la idea fundamental de la religión que intento inculcar en tu espíritu.

Tú afmo. amigo y S. S. q. t. m. b.

O. S.

Barcelona 31 de Diciembre de 1892.

Al Sto. Nombre de Jesús

Doblad ambas rodillas al Nombre sacrosanto
 De Aquel que á los infiernos venciera con su cruz:
 El reina: de entusiasmo cantad sonoro canto
 Al Nombre más divino, al Nombre de Jesús.
 ¡Jesús! grito de gloria, de paz y bienandanza;
 ¡Jesús! nombre sagrado más dulce que la miel:
 ¿Quién como El consuela con célica esperanza?
 ¿Qué hay en este mundo más venerado que El?
 ¿Qué hay de más potente contra el furor activo
 Del angel tenebroso, del déspota infernal?
 ¿Qué hay de más suave, más dulce y atractivo
 Para endulzar las penas del mísero mortal?
 ¿No es El á quien dedican las rosas sus olores,
 Las fuentes sus murmullos, los bosques su cantar,
 Sus trinos melodiosos los dulces ruiseñores,
 Sus himnos de grandeza los genios de la mar?
 ¿No es El á quien el aura perfumes mil envía,
 Aromas el incienso, la luz su resplandor,
 El céfiro sus besos y Mayo su ambrosía,

La dicha su ventura, su música el amor?
Oh! cuando entre matices de flor y filigrana
La aurora colorea los valles con su luz,
De gloria y de belleza vistiendo la mañana,
Murmura aqúeste canto «Loado, buen Jesús.»
Cuando corriendo ufano su mágica carrera
Mil cuadros de hermosura va describiendo el sol,
Jesús, tu Nombre augusto también traza en la esfera
Con bellos caracteres orlados de arrebol.
Cuando entre horrendos gritos retuércese natura
Sepultada en el seno de negra tempestad,
También entonces canta un himno de hermosura
Con notas más sublimes, Jesús, á tu beldad.
Y el aquilón y el trueno y el rayo y mar bravía
Moviéndose abismados en fúnebre capúz,
Selváticos formando selvática armonía
De majestad te entonan un himno, buen Jesús.
Y así naturaleza con notas arrogantes
De amor y de hermosura, de gloria y majestad,
En tu loor entona sus cánticos gigantes,
Sus himnos imponentes, sus trinos de beldad.
Y el hombre al escucharlos, latidos surgir siente,
Latidos de entusiasmo, de dichas y de honor,
Y absorto á tales sonos, esclama bellamente
«También á Tí yo canto, Jesús, mi dulce amor.»
También, también adoro tu célica hermosura,
Y humilde gusanillo celebro tu poder,
También, sí, de tu Nombre yo canto la dulzura,
De tu supremo Nombre que es fuente de placer.
Cuando en mis tiernos años mis labios se entreabrían,
Mis labios murmuraban tu Nombre divinal;
Cuando sobre mi frente los sueños se mecían,
Te contemplaba en ellos hermoso, angelical.
Te contemplaba en ellos hermoso cual querube
Que juega con el niño de candorosa tez,
Vistiendo por ropaje resplandeciente nube
Más bello, más divino, más dulce cada vez.
Cuando mi madre amada con amoroso anhelo
Mi frente señalaba con tu sublime cruz
Decíame—Hijo mio, levanta al santo cielo
Tus ojos y murmura «Te adoro, buen Jesús.»—
Y cuando mis pupilas el llanto humedecía
De cándida sonrisa velando la alma luz;
Mi madre cariñosa—querido, me decía,
No llores; dí conmigo «Consuélame Jesús.»—
Y así tu Nombre santo cual música sonora
De entonces en mi pecho percibo resonar;
De entonces, Jesús mío, tu Nombre cual aurora
Contemplo de mi pecho las sombras disipar.
Y así tu Nombre augusto cual iris de ventura
Presente al alma mía cual célica visión,
Consuélame en mis penas, nublados de tristura,

Mi angustia dulcifica que es hiel del corazón.
 Ay! cuando de esta vida sujeto á los azares
 Las lágrimas nublen mis ojos con dolor;
 Cuando de la tristeza me abrumen los pesares;
 Jesús, sé por tu Nombre mi dulce Salvador.
 Cuando mi pecho sienta terribles sufrimientos,
 Cuando mis ojos vean desgracias por doquier,
 Cuando las negras penas amarguen mis momentos;
 Jesús, por tu almo Nombre demuestra tu poder.
 Y cuando, Jesús mio, cercana la hora sea,
 La hora en que del mundo mi alma ha de partir,
 Entonces junto al lecho tu faz tranquila vea:
 Que en tus amantes brazos cuán dulce es el morir!

R. O. E.

Igualada 24 de Diciembre de 1892

El Catolicismo y la teoría correccionalista, en el derecho de penar

Discurso leído por el Vice-Presidente, Dr. D. Rafael Marsá en la sesión pública del 4 del último Diciembre.

EXCMOS. SRES.

DISTINGUIDO AUDITORIO:

Honra inmerecida para mi, y cometido superior á mis fuerzas, he considerado siempre el ocupar este sitio y dirigiros la palabra: mas al ser para ello designado por vez 3.^a, siéntome como nunca confundido por la alteza de la honra y por lo difícil de la empresa: por la alteza de la honra, pues ya no es hoy esta tribuna nuevo palenque de la verdad, en el que empiezan á ejercitarse soldados bisoños, sino campo memorable de brillantes acciones, ennoblecido por una serie de atletas de la ciencia y de la oratoria, al que no puedo penetrar sin sentirme sobrecogido por un temeroso respeto, semejante al del caballero novel que por vez primera empuñaba la espada, emblema y simbolo de las acciones gloriosas por sus mayores realizadas; y por lo difícil de la empresa, porque hoy más que nunca, señores, he debido sentir la inferioridad de mi inteligencia, de mi imaginación y de mi oratoria para saber hallar un tema que pudiese ofrecer interés á vuestra singular ilustración; erudición y claridad de criterio para esponerlo á vuestra consideración profunda; galas de estilo para hacerlo agradable á vuestro esquisito gusto literario y científico.

Yo no sé encontrar, señores, un título que pueda hacerme acreedor á vuestra atención y benevolencia: mas, si acaso lo fuese, un ardiente y entusiasta amor hacia la causa de la verdad y

por lo tanto del Catolicismo, entonces, Señores, yo me atrevo á esperar que habeis de concedérmelas, pues á ocupar este sitio y á formar en esa Academia Católica, cohorte auxiliar de la Iglesia, no he venido sino única y exclusivamente llevado de ese amor y de ese entusiasmo; amor y entusiasmo en el que no quiero ceder á nadie, por más que me reconozca el último y más inexperto de los soldados que en esa cohorte militan.

Y puesto que desde la tribuna que inmerecidamente ocupo, se han quebrado algunas lanzas en defensa del Catolicismo en el campo de la filosofía, de la teología, de la literatura y aún de las ciencias físicas, permitidme también, señores, que alguna se quiebre en favor de igual causa en el campo del derecho, siquiera sea por tan oscuro como inexperto adalid, y os suplico no recibais con enojo que á lo menos por algunos instantes ocupen vuestra atención algunas ligeras consideraciones sobre *el Catolicismo y la teoría correccional en el derecho de penar*.

Hubo un tiempo en que las legislaciones penales de los pueblos se proponían como único fin el esterminio más ó menos completo del penado, al que empezaban por negar ante todos su cualidad y dignidad de hombre, reduciéndolo á la vil categoría de cosa y aún de cosa despreciable, y negándole además toda esperanza, siquiera lejana, de rehabilitación. No acontece así en las contemporáneas legislaciones del mundo civilizado: todos están conformes en reconocer en el penado un hombre desgraciado sí, digno además del sufrimiento que con la pena se le impuso, pero dotado como tal hombre de ciertos derechos inherentes á la personalidad humana, capaz de volver un día más ó menos lejano á ser miembro útil y digno de la sociedad, y acreedor por su misma miseria moral á la caridad de sus semejantes, que deben procurar despertar en él la voz de la conciencia y obtener su enmienda y rehabilitación social; en una palabra, hoy es por todos reconocido que al lado del principio inexorable de justicia que impone el sufrimiento de la pena, debe haber un principio de misericordia, que procure en cuanto sea compatible con el primero la corrección del culpable.

Pues bien: ese principio de misericordia, que ha venido á suavizar el rigorismo del antiguo derecho de penar; ese reconocimiento de la dignidad humana siquiera se halle degradada por el crimen, ese sentimiento de odio al delito, pero de caridad hacia el delincuente, de donde se deriva el procurar en lo posible la corrección del culpable; ese principio simpático al corazón y conforme con los razonamientos de la inteligencia, ¿tiene su origen y debe agradecerse á las doctrinas del Catolicismo, ó debe, por el contrario, agradecerse á esa escuela conocida en el campo del derecho penal con el nombre de escuela correccionalista? ¿Debemos admitir, en buenos principios de justicia, ese fin co-

reccional de la pena en los términos en que lo admite la doctrina católica, ó debemos concederle toda la extensión y darle toda la exclusiva preferencia que pretende aquella escuela? He aquí, Señores, dos cuestiones que importa resolver, para dejar atianzada una vez más en las victoriosas sienés de la doctrina católica, una de las hojas de laurel que en vano pretende arrebatárle, por modo artero y solapado, la impiedad. Recordad, señores, que aquellos tres sagrados lemas de libertad, igualdad y fraternidad, jamás fueron con tanta pureza proclamados como en aquel divino árbol de la cruz, donde el Autor del Catolicismo logró romper á costa de su vida las terribles cadenas que tenían aherrrojada á la humanidad en la cárcel del pecado; donde quedaron para siempre borradas las desigualdades sociales y de raza: y donde se dió á todos los hombres una sola Madre y se les impuso como mandamiento nuevo el de amarse como hermanos: y sin embargo todos sabeis muy bien que la impiedad ha tenido el sarcástico atrevimiento de pretender, que no se habian conocido las verdaderas, libertad, igualdad y fraternidad hasta que las proclamó la Revolución francesa, aquella infame revolución, que á fuerza de exagerar tales principios, ó mejor á fuerza de prostituirlos, llegó á tiranizar las conciencias, derribó los tronos y los palacios para levantar pedestales á sus ídolos, y mostró sed insaciable de sangre de hermanos á torrentes derramada. Pues bien: así como ese plagio que al Catolicismo pretende hacer la Revolución, es ya actualmente muy conocido, hay todavía otros plagios semejantes de que apenas nos damos cuenta, y que importa, señores, como este en que voy á ocuparme, que se vayan analizando y acrisolando, á fin de dar á cada escuela y á cada doctrina lo que le pertenece, y á fin de que se vea que en todas las cuestiones morales, sociales y jurídicas, sólo se encuentra la verdad, en las puras y santas doctrinas del Catolicismo. Según suponen los partidarios de la escuela correccionalista, hasta que el Marqués de Beccaria examinó en el pasado siglo el delito y la pena desde el punto de vista del delincuente, sosteniendo que debía despertarse en él la voz de la conciencia, para procurar su enmienda y no privarle de ciertos derechos inherentes á la personalidad humana, habiase desconocido y descuidado por completo el fin correccional de la pena. Pero dista mucho de ser esta la verdad. Es cierto que las legislaciones penales se hallaban hasta la época moderna en lamentable atraso, debido principalmente á que se habían hecho rehácias al espíritu del Cristianismo, y á causa también de las muchas y tenaces preocupaciones, llevadas al campo del derecho penal por las tradiciones y carácter de los pueblos germanos que dominaron en la Edad media: pero esto no impide en lo más mínimo, que el principio de corrección no estuviese proclamado por la doctrina católica y aún puesto en práctica por la legislación positiva de la Iglesia. Nadie como el Catolicismo,

asentó en tan sólidas bases los fueros legítimos de la personalidad humana, y éste es precisamente el origen inmediato del reconocimiento de los derechos que como hombre competen al penado; nadie como el Catolicismo supo enaltecer el perdón y dar mayor virtud y eficacia al arrepentimiento; y ésta es la base para obtener la verdadera corrección del culpable; nadie como el Catolicismo supo despertar en los que sufren el sentimiento de la resignación y de la esperanza, sin los cuales la corrección para el culpado sería imposible; nadie como el Catolicismo supo proporcionar enseñanzas tan saludables para moralizar al estraviado, único medio de obtener su corrección; y nadie como el Catolicismo, ya desde sus primeros tiempos, supo enaltecer como obra dignísima de caridad la visita del preso y la fraternal corrección del que yerra, convirtiendo así en virtud social y religiosa el procurar la enmienda del culpable. Y no solamente contenía la doctrina católica en sus principios y como en germen la idea de la corrección en la aplicación de la pena, sino que sostenían ya claramente ese principio correccional los más antiguos escritores cristianos. Escribía ya S. Pablo que la pena eclesiástica debía tener el doble objeto de la enmienda del culpable.... «*ut spiritus salvus sit in die Domini*» (1).... y el bien de los demás, es decir, de la misma sociedad.... «*ut cæteri timorem habeant;*» y afirmaba, el Rey de los sabios de la ley de gracia, nuestro gran Maestro Sto. Tomás de Aquino, que la clemencia en la aplicación de las penas es laudable, mientras no traspase los límites de la justicia.... «*Remissio in puniendo non est vitium, nisi in quantum prætermittitur ordo justitiæ.....*» (2). Aparte de los Stos. Padres, la Iglesia puso desde luego en práctica tan saludables principios en su legislación positiva, como así lo atestiguan muchos cánones de los diversos Concilios; y procuró además introducir tales principios en las legislaciones positivas de los pueblos, ó ya que esto no le fuese posible, por no caer bajo su inmediata esfera de acción y por las pertinaces preocupaciones de la época, no dejó de aconsejar á sus fieles la visita á las cárceles, colocándola en lugar preeminente entre las obras de caridad cristiana. Dígase lo que se quiera, antes que John Howard estableciese en Glocester en 1785 la primera penitenciaría correccional; antes que el Estado de Pensilvania levantara sus penitenciarías de sistema celular con aislamiento absoluto, y el Estado de Nueva-York la suya de sistema amburnés ó mixto; antes que Maconochie iniciara los sistemas progresivos, y ensayara Croffton el llamado régimen irlandés: la Iglesia había anatematizado el antiguo régimen de comunidad en los presidios, porque por su medio se

(1) Epist. 1.^a ad Corinth. Cap. V.

(2) Summa theolog. Sec. Secundæ. — Quæst. 159. De crudelitate quæ opponitur clementia. — Art. 2.^o ad tertium.

contribuía á la corrupción y no á la enmienda del culpable, y toda vez que posible no le era realizar directamente una obra de exclusiva competencia del Estado, creaba, silenciosa, instituciones tan modestas en apariencia como nobles por su elevada misión: los hermanos de S. Pedro *ad-víncula* para el régimen y buen gobierno de los presidios; y asociaciones piadosas, que, cual la del apóstol de la caridad, S. Vicente de Paul, realizaba la cristiana obra de visitar á los encarcelados. Y antes que se indicare la conveniencia de procurar de un modo especial el fin de la corrección en los jóvenes, porque constituyendo la juventud la sociedad del porvenir, tiene la mayor importancia cuanto atañe á su moralización; antes que los Estados-Unidos dedicaran á este objeto penitenciarias especiales cual la de Westborough y la de Westchester, y Francia las de Citane, Fontgotibault, Melleray Saint-Foix y París; la Iglesia recogía ya en la Edad Media en los conventos á la Juventud abandonada, y era la Iglesia la que hacía brotar instituciones para la corrección de la misma juventud, como son las muchas congregaciones para la moralización de niños extraviados de ambos sexos, ó bien esas asociaciones de jóvenes, como alguna existe en esta Capital, que practican la evangélica misión de visitar y moralizar á los niños presos en lo que se llaman cárceles nacionales, y debieran mejor llamarse escuelas del crimen y de la corrupción. En una palabra, señores, pasa con la misión protectora del Estado para la corrección del culpable algo semejante á lo que sucede con la beneficencia: necesitaron las naciones llegar al siglo décimo nono, á todo el apogeo de los adelantos materiales de nuestra época, y aún más, necesitaron oír el grito terrible de las muchedumbres hambrientas, para que se acordaran de que podían ejercer con gran eficacia su acción combinada en favor de la beneficencia pública; y por fin se reunió un gran Congreso de beneficencia en París, cuando se celebraba allí el último gran certamen del progreso moderno; y después de ese Congreso, cuya importancia me apresuro, sin embargo, á reconocer; después de toda su pompa y solemnidad, decidme; ¿brotó alguna nueva institución benéfica que se asemejara siquiera de lejos á las que brotaron un día al calor del Catolicismo, en el corazón y en la mente de algún humilde religioso, como un S. Vicente de Paul ó un S. Juan de Dios? Ah, señores, el calor comunicado á estos hombres por la Iglesia era el calor fecundante de al Caridad, virtud divina bajada del cielo para divinizar al hombre sobre la tierra; y lo que animaba á los hombres de aquella notable Asamblea, no era más que la moderna filantropía, ese oro falso de la Caridad, que carece de acción fecundante y vigorosa, porque no es hija sino del frío egoísmo que hoy todo lo invade y todo lo sumerge en el helado mar del indiferentismo religioso.

(Se concluirá.)